

EL HUMANISMO, LOS HUMANISMOS.

Ideas y prácticas revisadas desde nuestra América



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO

Mendoza, República Argentina

La publicación de esta obra ha sido
recomendada por el Comité Editorial
(EduUNC, Universidad Nacional de Cuyo).

EL HUMANISMO, LOS HUMANISMOS

Ideas y prácticas revisadas
desde nuestra América

Coordinadora: **ADRIANA MARÍA ARPINI**

El humanismo, los humanismos: ideas y prácticas revisadas desde nuestra América / María Eugenia Aguirre... [et.al.]; coordinado por Adriana María Arpini.
- 1ª ed. - Mendoza : EDIUNC, 2015.
374 p. ; 26x19 cm. - (Encuentros; 6)

ISBN 978-950-39-0319-3

1. Filosofía. 2. América Latina. 3. Educación Universitaria. I. Aguirre, María Eugenia II. Arpini, Adriana María, coord.
CDD 109.8

Imagen de tapa: Detalle figura de mujer inca en oro. Circa 1470-1532 a.C.
Extraído de www.sothebys.com.

EL HUMANISMO, LOS HUMANISMOS.
Ideas y prácticas revisadas desde nuestra América

Adriana María Arpini, coordinadora
Primera edición, Mendoza 2014
[Colección **Encuentros**] N° 6

ISBN 978-950-39-0319-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

© EDIUNC, 2015
www.ediunc.uncuyo.edu.ar
ediunc@uncuyo.edu.ar

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

AUTORES:	María Eugenia Aguirre	Nicolás Lobos
	Mariana Alvarado	Sara Leticia Molina
	Eduardo Andreani	Silvana Montaruli
	Adriana María Arpini	Marcos Olalla
	Martín Aveiro	Alejandro Paredes
	Mariela Cecilia Avila	Dante Ramaglia
	Mercedes Barischetti	Paula Cristina Ripamonti
	Laura Aldana Contardi	María del Pilar Rodríguez
	Edwin Espinosa	Federica Scherbosky
	Germán Darío Fernández	Gonzalo Scivoletto
	Natalia Fischetti	Flavio Hernán Teruel
	Alejandra Gabriele	Silvana Paola Vignale
	Clara Alicia Jalif de Bertranou	

*En recuerdo de Arturo Andrés Roig,
maestro y amigo.*

Después del mar, lo más admirable en la creación es un hombre. Él nace como arroyo murmurante, crece airoso y gallardo como abierto río, y luego –a modo de gigante que dilata sus pulmones, se encrespa ciego y se calma generoso– ¡genio espléndido de veras, que sacude sobre los hombros tan regio manto azul, que hunde los pies monstruosos en rocas transparentes y corales!; ¡genio híbrido y extraño que cuando se mueve se llama tormenta, y cuando reposa, noche de luna en el Océano, lluvia de plata y plástica de estrellas sobre el mar!

JOSÉ MARTÍ

Apuntes de viajes, 1875 y 1977. Obra Completa. Vol. 19.

Ti Noel comprendió obscuramente que aquel repudio de los gansos era un castigo a su cobardía. Mackandal se había disfrazado de animal, durante años, para servir a los hombres, no para desertar del terreno de los hombres. En aquel momento, vuelto a la condición humana, el anciano tuvo un supremo instante de lucidez. Vivió, en el espacio de un palpito, los momentos capitales de su vida; volvió a ver a los héroes que le habían revelado la fuerza y la abundancia de sus lejanos antepasados del África, haciéndole creer en las posibles germinaciones del porvenir. Se sintió viejo de siglos incontables. Un cansancio cósmico, de planeta cargado de piedras, caía sobre sus hombros descarnados por tantos golpes, sudores y rebeldías. Ti Noel había gastado su herencia y, a pesar de haber llegado a la última miseria, dejaba la misma herencia recibida. Era un cuerpo de carne transcurrida. Y comprendía, ahora, que el hombre nunca sabe para quién padece y espera. Padece y espera y trabaja para gentes que nunca conocerá, y que a su vez padecerán y esperarán y trabajarán para otros que tampoco serán felices, pues el hombre ansía siempre una felicidad situada más allá de la porción que le es otorgada. Pero la grandeza del hombre está precisamente en querer mejorar lo que es. En imponerse Tareas. En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar, puesto que allá todo es jerarquía establecida, incógnita despejada, existir sin término, imposibilidad de sacrificio, reposo y deleite. Por ello, agobiado de penas y de Tareas, hermoso dentro de su miseria, capaz de amar en medio de las plagas, el hombre sólo puede hallar su grandeza, su máxima medida en el Reino de este Mundo.

ALEJO CARPENTIER

El reino de este mundo.

Cantaban, como enseñadas, las calandrias, en las moreras. Ellas suelen posarse en las ramas más altas. Cantaban, también, balanceándose, en la cima de los pocos sauces que se alternan con las moras. Los naturales llaman tuya a la calandria. Es vistosa, de pico fuerte; huye a lo alto de los árboles. En la cima de los más oscuros: el lúcumo, el lambra, el palto, especialmente en el lúcumo que es recto y coronado de ramas que forman un círculo, la tuya canta; su pequeño cuerpo amarillo, de alas negras, se divisa contra el cielo y el color del árbol; vuela de una rama a otra más alta, o a otro árbol cercano para cantar. Cambia de tonadas. No sube a las regiones frías. Su canto transmite los secretos de los valles profundos. Los hombres del Perú, desde su origen, han compuesto música, oyéndola, viendo cruzar el espacio, bajo las montañas y las nubes, que en ninguna otra región son tan extremadas. ¡Tuya, tuya! Mientras oía su canto, que es, seguramente, la materia de que estoy hecho, la difusa región de donde me arrancaron para lanzarme entre los hombres, vimos aparecer en la alameda a las dos niñas.

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS
Los ríos profundos.

Introducción

ADRIANA MARÍA ARPINI

15

Indagaciones sobre el humanismo y los humanismos desde nuestra América

Cuando nos proponemos llevar adelante una investigación en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales, estamos actualizando –aun cuando no siempre somos conscientes de ello– la pregunta por el hombre, es decir, la pregunta que constituye el núcleo del humanismo, de cuya respuesta depende el desarrollo del saber científico desde la modernidad hasta nuestros días.

Ahora bien, la palabra humanismo remite a una tradición cultural con raíces en el Renacimiento europeo, implica ciertas experiencias culturales y pedagógicas, supone cierta organización e institucionalización de los saberes y las prácticas, que al mismo tiempo que descubre unos aspectos de la realidad, oculta otros. Nos proponemos desmontar algunos supuestos todavía vigentes del humanismo clásico, desde una perspectiva crítica nuestroamericana, y plantear algunos criterios que habiliten la posibilidad de otros humanismos.

El humanismo renacentista fue, sin duda, un movimiento de renovación intelectual. Un programa de transformación de los saberes, las prácticas y las instituciones de producción y circulación del conocimiento. A título de ejemplo, recordemos el programa de transformación de las prácticas de conocimiento que propuso Pico della Mirandola a partir del debate público de las principales tesis filosóficas que se disputaban en su época, a las que sumaba las perspectivas de los persas, árabes y judíos entre otros (sobre este asunto nos explayamos en la primera parte de este volumen).

Con la Ilustración se acentúa la fe en la razón, que, todavía para Kant, debía realizarse en sus dimensiones teórica, práctica y como capacidad de juzgar (estética, ética y política). La fe en la razón alentó la confianza en el progreso, material y humano. En este contexto, tuvo sentido pensar la *humanidad como fin*, tanto de la ética como de la política y la historia (Kant), incluso fue posible pensar la realización de la libertad en la historia universal (Hegel).

Sin embargo, a lo largo de la modernidad, la relación entre progreso y desarrollo científico-tecnológico acabó por comprimir las posibilidades de la razón, reduciéndola a su dimensión puramente instrumental, lo que conllevó la instrumentalización de los saberes y las prácticas. Ejemplos de esto son el sistema educativo moderno, enciclopédico y compartimentado, del que todavía somos herederos y víctimas; así como el sistema de ciencia y técnica, igualmente compartimentado y regulado por los criterios de las ciencias de la naturaleza, experimentales, las llamadas *ciencias duras*.

Sistemas que, si bien permiten descubrir y ampliar nuestros conocimientos del mundo y adaptarlos a la satisfacción de las necesidades humanas según criterios civilizatorios, al mismo tiempo invisibilizan los efectos negativos de la dominación que se ejerce tanto sobre la naturaleza como sobre otros hombres, y ocultan el hecho mismo de la dominación justificado por esa forma de racionalidad monológica y nomológica. Conocedores de este diagnóstico, aspiramos a contribuir con la necesaria revisión y ampliación de los marcos epistemológicos y metodológicos desde los cuales se organizan las prácticas de investigación y educación entre nosotros.

Ya en el siglo XIX europeo, los filósofos de la sospecha llamaron la atención acerca de lo que se percibía como resultados negativos de la modernidad: la reducción del valor de los seres humanos y de la vida misma a mero valor de cambio, es decir a mera mercancía (Marx); la transformación de la voluntad de poder, de afirmación de la vida, a voluntad de dominio, de opresión de la vida (Nietzsche); el malestar de una cultura que en su afán de proteger la civilización acaba por producir represión y barbarie (Freud). Asuntos todos estos asumidos en diferentes capítulos de este volumen.

Pocas veces se puntualiza el ejercicio de la sospecha llevado adelante desde la perspectiva de nuestra América. Tampoco se repara en la necesidad de otros criterios para orientar los saberes y las prácticas en condiciones sociales, históricas y geográficas diferentes. Permitásenos colocar un ejemplo: la producción ensayística de muchos de nuestros pensadores del siglo XIX puede ser leída como ejercicios de la sospecha. Entre ellos se cuentan los escritos de José Martí.

En el ensayo *Nuestra América* (1891), se pregunta:

¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras yanquis o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen... Resolver el problema después de conocer sus elementos es más fácil que resolver el problema sin conocerlos... Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías... Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma latinoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el crial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa e inerte, se empieza como sin saberlo a probar el amor. Se ponen de pie los pueblos, y se saludan. «¿Cómo somos?», se preguntan; y unos y otros van diciendo cómo son (...). Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación (Martí, 1975, Vol. 6, p. 15-21).

En otro texto muy poco citado, que se encuentra en sus *Cuadernos de apuntes*, donde pueden leerse las anotaciones que realizaba mientras preparaba las clases de filosofía que impartió en la Escuela Normal Central de Guatemala, encontramos la siguiente acotación:

Puedo hacer dos libros: uno dando a entender que sé lo que han escrito los demás: –placer a nadie útil, y no especial mío.

Otro, estudiándome a mí por mí, placer original e independiente. Redención mía por mí, que gustaría a los que quieran redimirse.¹

Prescindo, pues, de cuanto sé, y entro en mi Ser.

¿Que qué somos? ¿Que qué éramos? ¿Que qué podemos ser? (Martí, 1975, Vol. 19, p. 360).

¹ Una de las posibles acepciones de *redimirse* es *liberarse*. Teniendo en cuenta el contexto en que es producido el texto, consideramos pertinente interpretarlo en este sentido.

Los fragmentos de Martí nos colocan ante dos programas de indagación en humanidades y ciencias sociales, ambos posibles, pero diferentes. Uno consiste en reproducir la letra de la filosofía llamada *universal* como mera copia y muestra de erudición. El otro consiste en apropiarse del poder de la palabra para decir de sí. Se trata de conocerse a sí mismo, no de la manera en que un sujeto conoce a un objeto, sino en un sentido más complejo, en que el conocimiento de sí está asociado al cuidado de sí, a la propia redención o liberación. No se trata de un cuidado egoísta de sí, sino que pasa del yo al nosotros, del presente al futuro, recuperando críticamente el pasado: «¿qué somos, qué éramos, qué podemos ser?». Preguntas que implican una práctica de autoconocimiento y autovaloración, que no solo recoge el pasado en el presente sino que también acoge la diversidad de lo que somos, como experiencias auténticas del pensar, que trastorna las certezas más superficiales y también las más profundas, e inaugura posibilidades de transformación, de creación, colocándonos ante el abismo de la novedad (Arpini, 2010 a, 3-17).

La sospecha de Martí y su propuesta obligan a introducir al menos las siguientes cuestiones que contribuirían a esclarecer criterios epistemológicos con los cuales sería posible pensar la alternativa de un humanismo crítico nuestroamericano, o mejor, de nuestros humanismos:

- Explorar la capacidad cognitiva de lo imaginario –no exclusivamente de la razón, pero tampoco en lugar de esta– como condición de posibilidad y potencia creadora de lo humano.
- Problematizar las bases teóricas de una epistemología que, imbuida de la idea de progreso, privilegia la pauta temporal y explica las diferencias en el orden de las sucesiones. Problematizarla, decimos, desde una mirada que permita la ampliación del presente, privilegiando un criterio espacial, que hace posible apreciar diversidad de contenidos y de puntos de vista existentes en un mismo momento.
- Considerar la posibilidad y conveniencia de un criterio intrahistórico de crítica de la realidad.

En los párrafos que siguen revisamos brevemente cada una de estas cuestiones, apelando para ello a autores que, a nuestro juicio, las trabajaron de manera renovada y original.

Capacidad cognitiva de lo imaginario

Según Cornelius Castoriadis (Estambul, 1922-París, 1997), en la tensa relación entre sociedad instituida y sociedad instituyente, entre historia hecha e historia que se hace, la clave es la introducción del concepto de *imaginario*. Lo imaginario radical es a la vez la condición de posibilidad y la potencia creadora de lo humano. Existen, para el autor, cuatro regiones donde el para sí se presenta como «simplemente real»: lo viviente, lo psíquico, el individuo social, la sociedad dada. Pero hay dos regiones que nunca están terminadas, que deben ser hechas: el sujeto humano y la sociedad, pues estas se caracterizan por la reflexividad y la capacidad de acción deliberada, es decir, autónomas. Ambas deben advenir a través del trabajo de los seres humanos y de lo que denomina las «profesiones imposibles»: la educación, el psicoanálisis, la política.

Lo propio de lo humano es la disfuncionalización de los procesos psíquicos con relación al sustrato biológico. Así, la autonomización de la imaginación promueve la capacidad de romper la clausura de su mundo y es la condición para la emergencia de una novedad. Los atributos de la imaginación tuvieron lugar secundario en la filosofía moderna, en